



EXCELSIOR

EL PERIODICO DE LA VIDA NACIONAL



Registrado como Artículo de Segunda Clase en la Administración de Correos, el 18 de marzo de 1917

AÑO LXXI — TOMO IV | FUNDADOR: RAFAEL ALDUCIN | DIRECTOR GENERAL: REGINO DIAZ REDONDO | MEXICO, D. F.—DOMINGO 30 DE AGOSTO DE 1987 | GERENTE GENERAL: JUVENTINO OLIVERA LOPEZ | NUMERO 25,652

Se Formalizará en Enero el Parlamento de CA: Carpio N.

Retos y Oportunidades por la Vecindad con EU

México, Salto Hacia el Siglo XXI

- ★ Retraso Tecnológico, una Condena a la Sumisión
- ★ Población Joven sin Resabios Frente al Cambio
- ★ Sufrirá la Soberanía Embates Todavía más Fuertes

Por MODESTO SEARA VAZQUEZ

Los pueblos, igual que los individuos, deben de vez en cuando, detenerse a reflexionar acerca de su destino, y someter a examen los valores de que se creen depositarios, para analizar su vigencia, pues no hay valor cultural alguno que tenga una vigencia indefinida y la historia se va formando con las aportaciones sucesivas de las generaciones.

En otros periodos históricos, el forzoso aislamiento entre los grupos sociales, hacía que los mecanismos de cambio fueran esencialmente endógenos. En nuestra época, de interdependencia creciente entre los Estados y de transnacionalización progresiva, los pueblos se encuentran constantemente expuestos a poderosas influencias externas, que convierten a los factores exógenos en los principales motores del cambio.

Ante esta realidad inescapable, es fundamental escoger qué tipo de actitud se debe adoptar.

Hay dos posiciones extremas: una de ellas, es la de atrincherarse en la acumulación de valores que constituyen la cultura nacional, y rechazar como negativo

SIGUE EN LA PAGINA TRECE

México, Salto Hacia el Siglo XXI

Sigue de la primera plana

todo lo que venga de afuera; la otra, es la de resignarse a lo que se juzga inevitable y contemplar el derrumbe de los propios valores ante la invasión imparable de los ajenos. Los dos posturas son incorrectas: la primera es simple ingenuidad, la segunda simple capitulación. Ambas revelan una falta total de imaginación y una carencia de capacidad política para enfrentarse a situaciones que no controlamos totalmente. Es necesario el realismo, para tomar conciencia del mundo en que vivimos y para sacar las justas consecuencias. Pero realismo no es resignación.

El hombre es dueño de su destino, y la realidad puede modificarse para tratar de adecuarla a las propias necesidades. Para ello, hay que tener visión y audacia, con voluntad y trabajo. Hay que evaluar correctamente el presente y prever el futuro. El camino de la historia está sembrado de pueblos que, como la mujer de Lot, se convirtieron en estatuas de sal por tener los ojos fijos en el pasado.

Hoy, los medios de comunicación de masas, impulsados por una tecnología cada vez más avanzada, hacen de la transculturización un fenómeno irresistible. Puede discutirse si es buena o mala, o qué aspectos son positivos y cuáles negativos, pero nadie puede negar que es un hecho con el que hay que vivir. Por ello, el debate acerca de

su bondad o maldad, puede ser un escape para los que traten de buscar una excusa a su propia ineficacia, pero no llevará a ningún efecto práctico. Lo que verdaderamente importa ahora es ver de qué modo se puede participar en ese fenómeno, para aprovecharse de él o, al menos, para atenuar sus efectos negativos. Es necesario pasar a la ofensiva, pues las estrategias de defensa suelen ser la antesala de la derrota.

Un pueblo que quiera ser libre no puede resignarse a un papel pasivo en la historia. Para conservar la libertad y para defender con eficacia su propia identidad, un pueblo debe saber estar tanto en la historia como en la geografía. Respeto a lo primero, ha de tomarse conciencia de que las tradiciones no son permanentes, sino que están en constante transformación y por ello no hay que ver como una tragedia el hecho normal de la pérdida de ciertas tradiciones y su sustitución por otras; casi siempre, las nuevas responden a las condiciones de la civilización del momento de que se trate. Respecto a la geografía, no debe perderse de vista la pertenencia a un conjunto superior, que es la humanidad, donde existen enormes diferencias y contradicciones, pero donde está en marcha un proceso integrador, que se está acelerando, y que funciona en beneficio de unos y en perjuicio de otros. Ese beneficio o perjuicio es en gran parte función del grado de

poder de los actores, pero en gran parte también, depende de la forma en que los sujetos comprendan o no el fenómeno y sepan adaptarse a él o pretendan ignorarlo.

Los nuestros son tiempos mucho más complejos que los del pasado. Son tiempos de cambios tecnológicos acelerados; de economía móviles, que desarrollan tremendos instrumentos de poder político y vuelven borroso el papel de las instituciones que no sean capaces de transformarse debidamente.

Son tiempos de amenazas políticas muy graves: tanto desde las cumbres del poder, como desde los valles del descontento social.

El mal uso de las fascinantes posibilidades de la moderna tecnología está llevando a una sociedad global polarizada. En lugar de servir como instrumento de liberación del ser humano, la tecnología está sirviendo como instrumento de acumulación de riqueza y de poder para las minorías; de miseria y de sometimiento para las mayorías. El bienestar y la seguridad general se subordinan a las ventajas de corto plazo de los grupos privilegiados.

Con el consumo acelerado de los recursos y la contaminación creciente del planeta, estamos dilapidando la herencia que hemos recibido, condenando a la miseria a las generaciones que vienen después de nosotros. Se están creando

estructuras de poder que podrían poner las bases para una confrontación suicida en el futuro. Terrorismo y narcotráfico, salen de las páginas de la crónica negra y se convierten en una seria amenaza a la estabilidad de las instituciones sociales, al mismo tiempo que producen la lumpenproletarización de la política.

Las grandes empresas rompen las fronteras y se establecen como poder de facto en todo el mundo, mientras que masas crecientes de gente empiezan a movilizarse, en desplazamientos masivos como jamás tuvieron lugar en la historia. La masificación de los transportes y la tecnología moderna de los medios de comunicación, someten a la cultura universal a un proceso de homogeneización, no siempre en el sentido positivo.

En este contexto mundial, de transformaciones profundas y aceleradas, a México le corresponde desempeñar un papel importantísimo. Porque es el país más populoso del mundo de habla española y porque representa una síntesis original de muchas culturas. Ser vecino de la primera potencia del mundo plantea también tantos desafíos, como oportunidades ofrece.

Si tuviera que resumir en tres palabras el planteamiento hacia el futuro, no tendría duda ninguna al seleccionarlas: ideología, tecnología y democracia.

La ideología es a veces

menospreciada por los que no saben lo que realmente significa. De las muchas definiciones que de ella se ofrecen yo escogería la que la describe como la concepción que uno tiene del modelo ideal de sociedad, y en ese sentido, la ideología serviría de guía en la acción política. Una organización política carente de ideología sería una simple maquinaria de transmisión de órdenes, que quedaría paralizada cuando no existiera línea política desde arriba. No puede concebirse un partido político sin ideología. Haga lo que haga, la ideología brota, pues no cabe el vacío ideológico en el ámbito de un partido. Si hubiera ausencia de modelo político ideal, surgiría la ideología conservadora, del conformismo hacia lo establecido. También se volvería unilateral el flujo de ideas, que sólo iría de arriba hacia abajo, sin el proceso enriquecedor del debate interno.

La tecnología es consustancial al proceso de modernización que están atravesando todos los países, con mayor o menor intensidad, de modo gradual o a saltos. Como México no es una isla, ni está en otro planeta, sino que se encuentra inserto en un medio social más amplio, que es la sociedad internacional, sufre numerosas y crecientes influencias externas, que alteran los planteamientos nacionales. Tomar en cuenta esas influencias es indispensable, pues si se tratara de igno-

rar el contexto mundial, se pagarían las consecuencias muy caramente. Por ello, y dado que la tecnología es la base del poder económico y político, retrasarse tecnológicamente equivaldría a condenarse a la sumisión; la soberanía quedaría convertida en una palabra vacía. Por todos los medios, hay que tratar de dar el salto hacia el siglo XXI. Sin complejos inhibidores, han de buscarse las últimas tecnologías para construir una economía moderna y competitiva.

Durante algún tiempo es, tuvo de moda, y todavía lo está en algunos sectores, decir que los países en desarrollo no deben intentar competir con tecnologías de punta, sino que es más conveniente que se limiten a utilizar técnicas elementales, más acordes con los medios de que se dispone y con el nivel cultural de los pueblos. Ya debía hacer, nos sentir desconfianza observar que quienes empezaron propugnando esta política, llamada de las tecnologías intermedias, para los países subdesarrollados fueran los países industrializados, que pretenden así conservar ellos mismos las ventajas de las tecnologías de punta. Pero el llamamiento ha encontrado eco en muchos sectores bienintencionados del mundo en desarrollo, que creen en la quimera de la autosuficiencia. Hoy no puede ser autosuficiente nadie y, o se crean los instrumentos adecuados para utilizar en be-

neficio propio la interdependencia, o se coloca uno en una postura de subordinación económica y política. Renunciar al desarrollo de una economía tecnológicamente avanzada, equivaldría a tratar de subir siempre al último vagón del tren. Desde luego que un país con necesidad urgente de crear empleos no puede despreciar ninguna fórmula que implique creación de fuentes de trabajo, pero convertir a las tecnologías intermedias en el objetivo central de una política económica, bajo el pretexto del realismo, es una postura suicida y la mejor forma de asegurar el sometimiento perpetuo. Hay que pasar de la mentalidad artesanal a la mentalidad tecnológica. Muchos pueblos han probado que es posible hacerlo en un periodo histórico reducido.

Seguramente, ello implicará una revisión de ciertos valores comúnmente aceptados; en lugar del éxito a toda costa, el orgullo de la obra bien hecha, la exaltación de la austeridad y sobre todo, la condena social de la ostentación insultante y de mal gusto típica del nuevo rico.

México se encuentra en una fase histórica crucial y tiene todos los medios para lograr ese salto hacia el siglo XXI. Su población joven, que algunos interpretan como un problema, es el recurso más importante de todos, porque es fuerza de trabajo, y porque, como población joven, no tiene los resabios frente al cambio que mostraría una población más vieja. En cuanto a recursos naturales, pocos países en el mundo están en posibilidad de me-

dirse con México. La economía ha conseguido capear el temporal y muestra alentadores síntomas de recuperación, que permiten contemplar con moderado optimismo los últimos años de la andadura hacia el siglo XXI. También el sistema político ha dado pruebas de eficacia y se ha ido transformando paulatinamente. Más transformaciones son de prever todavía.

Como única fórmula civilizada y efectiva de convivencia, la democracia debe desarrollarse para adaptarla a la realidad de nuestros días, siempre cambiando. Democracia significa pluralismo, como manifestación de la libertad, que es, en último término, el derecho a equivocarse. El pluralismo tiene diversos grados y si a nivel nacional ello se traduce en la formación de partidos políticos diferentes, en el ámbito interno de los partidos, la pluralidad significa esencialmente el derecho a disentir y a defender las propias opciones.

Debe sin embargo aclararse, que un partido es una organización dedicada a promover la realización de un modelo político determinado y para tener eficacia en esa empresa, el debate ha de realizarse en los medios y en los tiempos adecuados. Las reglas escritas y no escritas marcan los límites.

SIGUE EN LA PAG. DIECINUEVE

México, Salto Hacia el Siglo XXI

Sigue de la página trece

mités de la actuación individual o de grupos, que deben entender que el debate interno debe cerrarse siempre con una decisión mayoritaria. Eso es democracia; lo demás sería intento arrogante de afirmar la propia superioridad sobre la voluntad de las mayorías.

Participar en la construcción del futuro es derecho y responsabilidad de todos. Sobre todo de los jóvenes, que son los que deben decidir qué clase de mundo quieren. La tarea básica de los partidos es la de incorporar a las nuevas generaciones a la vida política, garantizándoles una participación real en la toma de decisiones. En ese camino, se debe llegar a nuevas fórmulas de democracia participativa, que no se agota en la elección de cargos públicos, sino que se prolonga en la colaboración en la tarea de gobernar y en el control constante de la función pública.

Probablemente habrá que proceder, en su momento, a transformaciones esenciales en las instituciones. Ello no será un problema, si se recuerda que las instituciones no tienen otro valor que el de servir de instrumentos para la consecución de objetivos sociales. Un sistema político como el mexicano, que surgió de una revolución en contra de las instituciones establecidas, no debe tener reparo en some-

ter a crítica sus propias instituciones, si ello fuera necesario para el progreso del país. La misma Constitución de 1917 ha sido objeto de numerosas enmiendas. Esas enmiendas son las que, al rejuvenecerla periódicamente, aseguran su supervivencia. Otros países, empeñados en mantener incólumes sus constituciones, han atravesado grandes convulsiones sociales y, a final de cuentas, han debido adoptar constituciones nuevas. No debe olvidarse que la rigidez vuelve quebradizo todo, incluidos los sistemas políticos. La flexibilidad, por el contrario, garantiza la duración de los sistemas. En esto debían de fijarse un poco más los críticos apresurados, que desde otros ámbitos pontifican sobre el sistema político mexicano.

En el mundo de los próximos años, la soberanía nacional sufrirá, como la de los demás países del mundo, embates más fuertes todavía. Sería vano pensar en que las cosas pueden volver a ser lo mismo. Pero la recuperación de la soberanía de los pueblos es una exigencia de justicia, cuyo logro va a poner a prueba la imaginación y la voluntad política de los dirigentes. Qué modalidades revestirán esas nuevas fórmulas de organización social es una incógnita que no puede despejarse todavía. Pero sí puede adelantarse ya, que el sentido de

las reformas se orientará al reforzamiento de las instituciones supranacionales.

La fragmentación nacional hace imposible la aplicación de soluciones globales a problemas que se están globalizando; al mismo tiempo debilita la capacidad negociadora de los países pequeños y medianos, facilitando la tarea de dominación de los grandes Estados y de las empresas transnacionales. En América Latina, México puede y debe tomar la iniciativa. Quizás se pueda así recuperar un poco del retraso histórico

con que se mueven nuestros pueblos.

★

La aplicación de medidas racionales depende de tantos sujetos, y hay tantos intereses envueltos en ello, que es difícil esperar una solución racional a corto plazo. Así, cada país debe tratar de encontrar sus propias vías, sabiendo de antemano cuáles son las limitaciones de las acciones individuales. En la planeación política hay que tratar de ver por encima del horizonte, para no tener que cambiar el rumbo a cada rato. El México

que se percibe en el futuro próximo, planteará problemas que deben empezar a resolverse desde ahora, como una obligación de solidaridad con las generaciones que van a tomar el relevo. Así, el principal objetivo tiene que ser la conservación del país, frenando la deteriorización del medio físico y fomentando una cruzada nacional de recuperación de lo que se ha perdido. Otra política prioritaria deberá ser la descentralización de la población y la desconcentración industrial.

No es racional que siga creciendo la enorme conur-

bación en torno del Distrito Federal, mientras hay tantos espacios vacíos, ricos y llenos de belleza, en el resto de este enorme país. Un problema especial debe retener nuestra atención; el fenómeno nuevo que se está produciendo en el desarrollo de México: la frontera norte ha despegado finalmente. Su dinamismo económico atrae un número creciente de mexicanos en busca de oportunidades. Hoy son las maquiladoras una fuente importante de trabajo, pero no se las debe de tomar como algo definitivo, sino como una simple solución de

transición. De todos modos, ellas han facilitado ese despegue que va tomando fuerza. Con el tiempo, va a crearse en esa frontera otra zona de concentración de población y de riqueza, que rivalizará con el centro. Por ello, debe procurarse, por todos los medios, romper el aislamiento entre la frontera y el centro acortando la distancia por medio del desarrollo urgente de vías rápidas de comunicación, estableciendo sistemas de abasto eficiente, para disminuir su dependencia alimentaria del otro lado de la frontera, y poniendo en marcha pro-

gramas intensos de actividad cultural!

Como complemento debería elaborarse una política de desarrollo poblacional y económico en los espacios relativamente vacíos, entre el centro y la frontera. No debe ser razón de alarma que en la frontera norte se den relaciones especiales entre ambos lados; eso es normal en todas las fronteras abiertas como es ésta, pero es importante no perder la iniciativa. Del lado norte está el poder económico y la presión cultural enorme que

SIGUE EN LA PAGINA VEINTE